

región, la noticia de las exigencias de Napoleón III y, sobre todo, la declaración de guerra, produjeron una explosión general de furor contra el *enemigo hereditario*. Asambleas populares pedían en todas partes la guerra, la unión con el Norte, sin que las Cámaras opusieran á esta corriente sino débil resistencia. Del diez y seis al veintidós, la movilización fué decretada donde quiera, los créditos votados y, el veinticinco de Julio, el príncipe real de Prusia tomaba el mando de los contingentes suministrados por los Estados del sur. Al mismo tiempo, Bismarck empleaba sin escrúpulos toda su habilidad para que Europa se mantuviese neutral, lo que consiguió ganándose á Inglaterra y á Rusia. La primera de estas potencias se había esforzado por detener á Napoleón III en el precipicio, y como sus consejos habían sido despreciados, guardaba á éste cierta prevención. Por otra parte, el ministerio Gladstone, consagrado á las reformas interiores, era eminentemente pacífico y juzgaba una calamidad para la Gran Bretaña cualquier conflicto entre dos Estados europeos, que lesionaría su comercio fuera y no favorecería su desarrollo interno; y ya que no había podido evitar esta guerra, aspiraba á localizarla, usando de toda su influencia para contener á los Estados que pudieran sentir tentación de lanzarse á la pelea. Por esto se apresuró á publicar, el diez y nueve de Julio, su declaración de neutralidad. En el fondo, sus simpatías y las del pueblo inglés estaban por Prusia antes que por Francia, por el temor de que, si ésta triunfaba, no resistiera á la tentación de ocupar á Bélgica: temor que aumentó cuando, el veinticinco de Julio, Bismarck hizo publicar, en el *Times*, el texto de aquel proyecto que Benedetti le había entregado acerca de Bélgica, y cuya revelación causó en Inglaterra indignación general. Desde este punto, Francia pudo estar segura de que, si el gabinete de Londres intervenía, sería para perjudicarla, no para servirla. En cuanto á Rusia, las promesas que habían cambiado Guillermo I y Alejandro II en su entrevista de Ems, renováronlas á la sazón sus respectivos cancilleres, Bismarck y Gortchacof. Éste, que se hallaba tomando aguas en Alemania, se trasladó á Berlín no bien se enteró de la declaración de guerra, y á cambio de no oponerse Prusia á que el gabinete de San Petersburgo llevase adelante sus proyectos en Oriente, se comprometió no solamente á no favorecer á Francia, sino á inmovilizar á Austria amenazándola con atacarla, si daba señales de moverse. No importa que ninguno de los dos cancilleres fuese enteramente sincero, no entendiendo el primero sacrificar el Oriente sin reserva á la ambición moscovita, ni renunciando el segundo á tratar con el gobierno francés el día que le conviniese; pues, por de pronto, su convenio parecía cordial y bastaba, junto con la neutralidad británica, para condenar á Francia á la soledad y al aislamiento.

En efecto: ninguno de los Estados cuyo concurso solicitara el gabinete de las Tullerías se atrevió á declararse á su favor. En el norte de Europa, Napoleón III había contado con la alianza de Dinamarca, que, cruelmente desmembrada en mil ochocientos

sesenta y cuatro, como vimos, ardía en deseos de tomar, uniéndose contra Prusia á un Estado de primer orden, fácil desquite: le envió un agente especial, el marqués de Cadore, para concluir la alianza. Pero las dos cortes de Londres y de San Petersburgo se unieron para neutralizar los esfuerzos de aquel diplomático, y Cristián IX hubo de ceder declarándose neutral. Ciertamente que éste siguió negociando confidencialmente con el enviado de Napoleón III; pero no había peligro de que se decidiese á contraer compromiso mientras la fortuna no se mostrase propicia á Francia. En idéntica actitud se hallaban colocados el Emperador de Austria y el Rey de Italia. Beust, firme en no comprometerse á favor de Francia mientras no fuese victoriosa, pensaba, sin embargo, que convenía ser amigo suyo, á lo menos para no dejarle hacer la paz con Prusia á expensas de Alemania. Así, al día siguiente de la declaración de guerra, torturaba su ingenio para concluir, bajo los auspicios y con el concurso de Napoleón III, aquella alianza austro-italiana, gracias á la que esperaba ejercer en su día una influencia preponderante en Europa. El gabinete de Florencia no podía entenderse directamente con el de París, cuya proposición de alianza acababa de rechazar, por seguir empeñado el Emperador de los franceses en no dejarle tomar á Roma; pero acariciaba la esperanza de obtener esta autorización por mediación del canciller austro-húngaro, y por esto aparentaba aceptar con entusiasmo las proposiciones de Beust. Á fines de Julio, parecía marchar viento en popa la negociación, cuyas condiciones dieron á conocer al gobierno francés Witzthum y Metternich, el veinticuatro de dicho mes. Éstas eran: que Austria é Italia unirían sus fuerzas y adoptarían la actitud de la mediación armada, como transición para llegar á una franca hostilidad contra Prusia, á la que intimarían, cuando estuviesen prontas, circunscribirse al cumplimiento del tratado de Praga, y empezaría la guerra general; que Austria enviaría un ejército á Silesia y otro á Baviera, al que iría á incorporarse el italiano; que Francisco José y Víctor Manuel dispondrían de seis semanas para movilizar sus tropas, las cuales no se pondrían en marcha hasta que los franceses hubiesen penetrado en la Alemania del sur; por último, que Napoleón permitiría al gobierno de Florencia apoderarse de Roma. Por esta cláusula fracasó, ahora como antes, la negociación. El Emperador seguía dominado por la Emperatriz y por Gramont, quienes no cesaban de repetirle que, si era vencedor, tendría la alianza italiana sin dar á Roma, y si vencido, no la tendría á ningún precio. Sugestionado por estos consejeros, se mantuvo terco en no ceder, lanzándose á la guerra sin contar con la ayuda de nadie. Bien dice el adagio que, «cuando el diablo quiere perder á una persona, empieza por volverla loca».

El veintidós de Julio, recibió Napoleón III en las Tullerías la visita del Cuerpo legislativo, y en la contestación al discurso del Presidente, pronunció estas frases: «Bien puedo decir que la nación entera, en un empuje irresistible, es la que ha dictado nuestras resoluciones». Parecía retroceder ya ante la responsabilidad que iba á posar sobre él. Los

desengaños habían empezado: no había nada dispuesto por su parte, y el enemigo, en cambio, todo lo tenía preparado. Lebœuf y Gramont reconocían su error, cuando era éste irreparable. El primero, desconcertado, no osaba ya pasar el Rhin para separar la Alemania del Sur de la del Norte, previendo que sería aplastado entre masas abrumadoras. El veintitres de Julio, los movimientos de tropas ordenados por el ministerio de la Guerra revelaban la intención de limitarse á una posición defensiva. En proclama á los franceses, el Emperador anunció que iba á ponerse á la cabeza del ejército: «La gloriosa bandera, decía, que desplegamos una vez más ante los que nos provocan, es la misma que llevó al través de Europa las ideas civilizadoras de nuestra gran revolución. Representa los mismos principios, inspirará los mismos sacrificios». Frescura necesitaba tener para invocar los principios de la revolución, que había pisoteado constantemente y que no habían de reaparecer hasta después de su caída. Confió la regencia á la Emperatriz, como en mil ochocientos cincuenta y nueve, al marchar á la guerra de Italia. Pero ¡qué contraste entre una y otra fecha! En mil ochocientos cincuenta y nueve, Napoleón III había partido de las Tullerías, en coche descubierto, en medio de una multitud animada, ardiente, que le aclamaba por primera y última vez desde el restablecimiento del imperio; en mil ochocientos setenta, partía de Saint-Cloud, dando la vuelta á París sin entrar en él, para tomar el camino de Metz, no osando, en esta hora solemne, ponerse en contacto con aquel pueblo por el que decía ser forzado á la guerra. Espiritual y corporalmente, estaba ya fuera de combate, y sin duda presentía que partía para no volver.

Fracasada la candidatura Hohenzollern, el gobierno español continuó su penosa tarea de buscar monarca. Sonó el nombre de Espartero, que, bien acogido por los unionistas, fué el único candidato verdaderamente popular; pero á la carta que Prim le escribiera, contestó: «Un deber de conciencia me obliga á manifestar respetuosamente que no me sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño». Entonces, volviéronse los ojos á Italia. La primera vez que se inició la candidatura del duque de Aosta, contestó éste á su padre, Víctor Manuel, que le invitaba á aceptarla: «¿A qué se me llama? ¿A regir los destinos de un país dividido, trabajado en mil partidos? Esta tarea, árdua para todos, lo sería doblemente para mí, ajeno por completo al difícil arte de gobernar. No sería yo quien gobernase; me impondrían la ley los que me hubiesen elevado al poder. Estas razones son bastante poderosas para decidirme hoy mismo á poner en manos de Vuestra Majestad mi formal renuncia á la corona de España». Mas, al renovarse en Agosto de mil ochocientos setenta las gestiones, el embajador español, Montemart, obtuvo el consentimiento de Víctor Manuel y luego el del duque, á condición de que se explorase el ánimo de las demás potencias, las cuales se manifestaron conformes, excepto Prusia, que aún esperaba suscitar de nuevo, después de la guerra, la candidatura Hohenzollern. El tres de Noviembre, fué presentada

á las Cortes españolas la candidatura de don Amadeo de Saboya, que fué votado y aclamado rey de España, y en la misma sesión se nombró la comisión que había de ir á Florencia á ofrecerle la corona. La comisión cumplió su cometido, y el treinta de Diciembre por la mañana desembarcaba don Amadeo en Cartagena. Aquel mismo día sucumbía el varón insigne que era el alma de la revolución, único capaz de contenerla y encauzarla, el general Prim, asesinado en su carruaje al ir á la estación del mediodía á tomar el tren para Cartagena. «Levantó el trono para D. Amadeo, y se abrió el sepulcro para sí», dice un atinado historiador. La muerte de Prim avivó el deseo de don Amadeo de llegar á Madrid, en donde entró el dos de Enero, precediendo á todos, á caballo, arrancando aclamaciones, producidas por la valiente y digna serenidad que mostraba. Contempló en Atocha el cadáver del que tanto trabajara para aclamarle rey; juró en el congreso la Constitución, con la palabra enérgica del que tiene propósito de cumplirla; fué á saludar á la ilustre viuda, y comenzó su reinado dando ejemplo de respeto á la ley, de digna modestia y de raro desprendimiento. Conducta tan loable de nada le sirvió. Su reinado fué breve y fecundo en amarguras. Mas vengamos á la terrible lucha mientras tanto que se estaba librando entre franceses y prusianos.

CAPITULO ALFONSO XIII